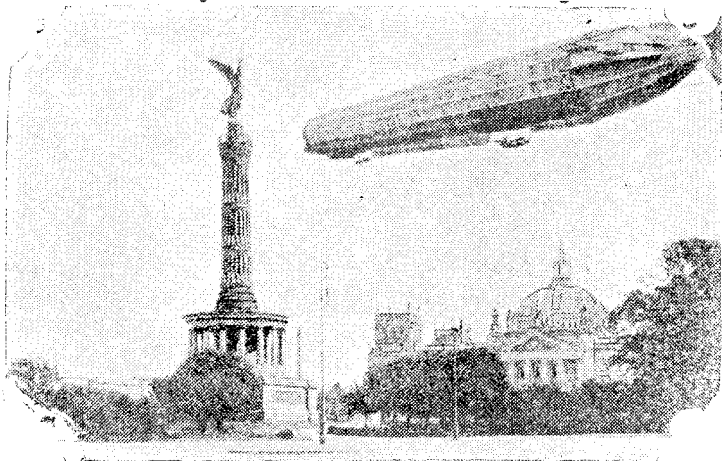


nerales de la Prusia guerrera, ya que en ella está la brillante Escuela de Cadetes, vivero de oros y entorchados, en cuyos brillos finca la nación, el orgullo de su inmenso y rudo poderío... Estamos en *Der Garten Kolonie*, extraño y enorme conjunto de casitas de talla de un pigmeo cuando se las ve del mismo plano y andando dentro de él; de aquí, una enorme pampa erizada de puntitos, pampa en donde ejercitan sus labores agrícolas, los días festivos, los trabajadores de Berlín... pasamos por encima de *Botanicher Garten*, por encima de *Steglitz* y *Fridenau*...

¿Eso de tan abajo, es el mundo hecho planicie cubierta de edificios, fuertes, calles, plazas y avenidas?

¿Es Berlín eso de tan abajo?

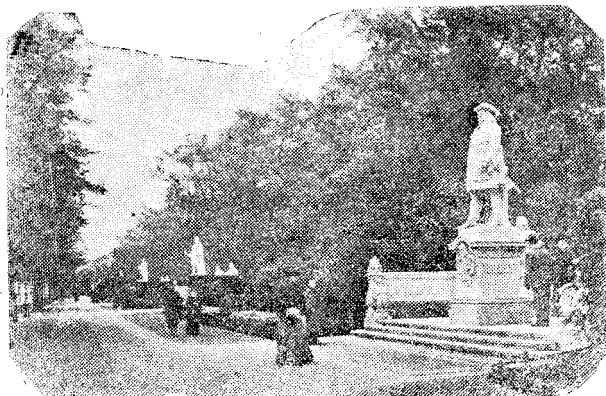
El *Tiergarten* —Bosque de Bolonia de los berlineses— está lejos, muy adentro, rebosando de árboles corpulentos, de índices de ramas que señalan las alturas de los cielos, que les robaron el encanto de sus hojas, de este *Tiergarten* cruzado por anchas avenidas, en cuyo suelo apizarrado, se deslizan ómnibus y coches, sin sombra de trepidación, y ruedan autos con velocidad vertiginosa...



El dirigible sobre Berlín

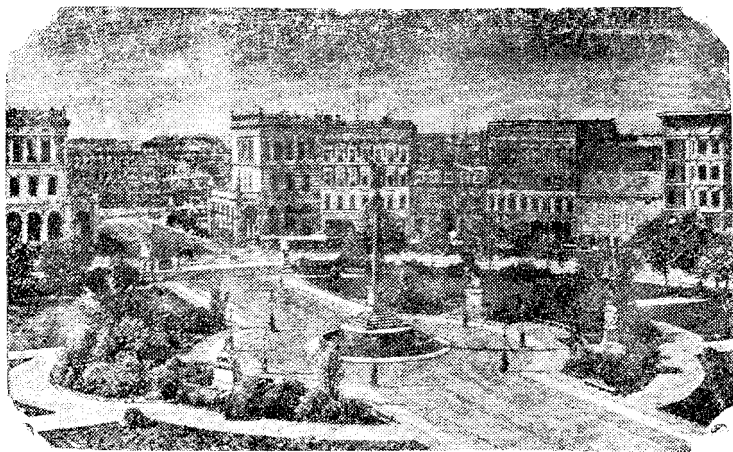
Evolucionamos sobre la Plaza del Rey, sobre el *Reichstag*, sobre el monumento del Canciller de Hierro y vemos que el ángel de oro de la Columna de la Victoria, se viene, con las alas abiertas, arrancando de la tierra, se viene hacia nosotros, a saludar al Hansa, en los espacios... la Gloria buscando al Progreso!... y vemos que brillan al sol, la cúpula de oro del *Reichstag*, morada del Congreso de Diputados del imperio, de estilo Renacimiento, a cuyo amor se levanta la bronceína e imponente figura del Canciller de Hierro, circundada de alegorías que han de hablar a los siglos venturos, de Bismarck y de las altas brutalidades de su genio.

Está allí la hermosísima *Siegesallée* —Avenida de la Victoria— que de la Plaza del Rey, va a morir en la artística fontana de Rolando; la vemos, adornadas sus veras sombreadas por árboles gigantescos, por los mármoles de los Otones, de los Albertos, de los Juanes, Enrique y Federicos Guilleromos, de todos los margraves y testas coronadas de Brandemburgo y de Prusia, en la postura con que sugestionaron más, en vida, a las locas multitudes. Esta distinguida *Siegesallée*, adornada de treintidós estatuas de mármol, es el paseo preferido por la aristocracia berlinesa, que busca entretenimientos en el descanso, y fruiciones de belleza, fuera de los rigores de los ritos sociales...



Avenida de la Victoria

Allá está Unter den Linden, orgullosa de su prosapia, de su hermosura y de sus amplias rectitudes, llena de luces multicolores, brotadas del flamear de las banderas que sueñan en el alma nacional, sobre palacios y embajadas, ministerios y consulados; allá está bordada de hileras de tilos y enriquecida por el blasonado de los mármoles de Alejandro y Guillermo de Humboldt, por la suntuosidad del monumento de Federico el Grande, perpetuador de los nobles hechos del monarca, de los heroismos de los gloriosos capitanes de sus guerras, de las bravas figuras de los soldados de la época... allá está la sonora calle de Federico, rica de almacenes, rica de pasatiempos, rica de congestiones de humanidad, desembocando en *Belle-Alliance-Platz*, por sobre cuyas elevaciones lleva el Hansa su lento volar, y vemos en medio de ella, la Columna de la Paz, erigida en recuerdo del eclipse total de Napoleón en 1815, circundada por los grupos de las cuatro naciones que se aliaron contra el coloso, cuya suerte fatal en Waterloo, fué la aurora de la libertad del mundo...



Plaza de la Bella Alianza

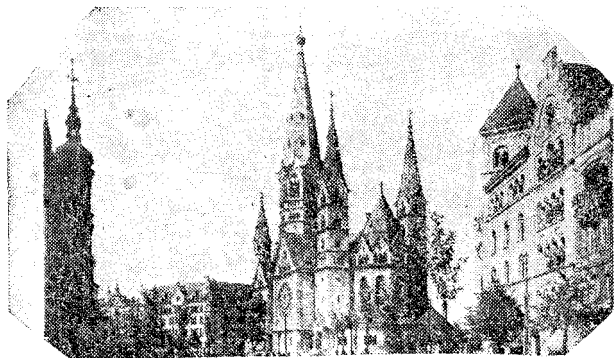
Allá está el canal, en los lindes de la plaza pequeña, con sus fuentes y sus estatuas de la Historia, de la Pesca y el Mer-

cado, de la Navegación, de la Paz y de la Industria, allí está deslizándose, sin ruidos y sin alardes...

Vemos desde aquí el inmenso hervir del mundo, abajo en el caldero de sus preocupaciones seculares, traducidas en cuarteles y máquinas de guerra; en capillas, iglesias y suntuosas catedrales; en palacios de reyes y emperadores, en lonjas, bolsas y otros establecimientos de negocios y de usura; en teatros y casas banales; vemos desde aquí esta inmensa llanura erizada de agujas de torres, de cúpulas doradas, de techos rojizos; tapizada de jardines olorosos, de parques sombríos y bosques seculares; refrescada por lagos dormidos, por ríos arrogantes, por arroyos inocentes; sembrada de movimientos de carros y veloces trenes, de automóviles raudos; poblada de humanidad hecha millones de moléculas en desparramado vaivén; vemos desde aquí, las calles encontradas en estrellas, cortando la urbe gigantesca: la urbe respirando humareda negruzca por gargantas circulares, que se alzan a los cielos; vemos la humareda escarmenándose al soplo de la brisa y sirviendo de dombo tenue a la hermosa ciudad.

Estamos más abajo y distinguimos ya el flameo de pañuelos admirados, que nos hacen señas y el movimiento cariñoso de manos que nos dan besos...

Charlotenburg está allá, puesta la mirada en nosotros que vagamos por la gasa de los cielos; puesto el oído en el ruido de nuestras alas milagrosas; puesta el alma en la civilización que



Capilla levantada en memoria de Guillermo I

amansa y educa los aires y se adueña de ellos... mientras nosotros contemplamos, entre iglesias y palacio de gran valía, las torres agrupadas de la capilla levantada donosamente en memoria del emperador Guillermo I.

Nos sentimos cóndor de los Andes, avisorando lo infinito, con pupila escrutadora y atrevida, una vez que ha desaparecido la tierra, por haberse hundido muy adentro...

En este espacio, sin linderos, en este mundo del éter, no hay chismes, ni ambiciones, ni mentiras; no hay el aullido de la fiera humana, ávida de hartarse de la honra y vida ajenas: ¡Qué bien se vive aquí!...

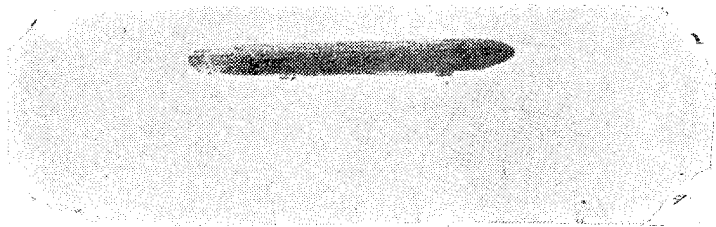
El silencio es aterrador, no se contagia, para tornarse ruido, con el del Hansa; el frío es glacial: las carnes las tenemos amoratadas, la sangre casi, casi congelada, en las arterias y en las venas, el rostro congestionado...

El corazón nos late menos, por la altura y el alma se nos agranda en lo infinito del espacio...

Hay calma en torno nuestro, absoluta calma: aquí no sopla el viento, como brisa, ni sopla como huracán...

Avanzamos por el fondo de la nada, en raudo vuelo y de repente nos metemos en un negro nubarrón y aunque es éste, la morada del trueno y la tormenta, nos abre paso, sin chistar...

¿Quién detiene al progreso?...



El Hansa, en pleno infinito

Estamos en la ventanilla del Hansa, con los ojos humedecidos por la atmósfera, buscando, en nuestro yo, el idioma, en que, en vano, intentamos dialogar con la ancha inmensidad, sin dar con él...

Hay una mancha muy lejos; avanzamos y nos acercamos a ella y vemos que la mancha toma perspectivas, que las perspectivas borrosas, nos muestran perfiles recios; que los perfiles recios se suavisan y toman formas de casas, torres, palacios, parques, plazas, jardines, lagos, ríos, hombres...

De nuevo estamos sobre Potsdam... sonrío el corazón al ver tierra, de regreso de los mundos del silencio y siente una dulce indecible emoción, al hollar el seno de la amorosa madre tierra, tan menospreciada cuando se está en ella, tan intensamente suspirada cuando nos alejamos de ella...

Pisamos tierra, sentimos que desaparece la sugestión de las alas y que de nuevo queda el hombre...

XLVI

BERLIN

Estudiante hamburgués que masculla castellano.—El doctor Pedro de Mugica, destripador de literatos y amoroso amigo de los gorriones.—El Diccionario Castellano de Mugica.—Dialectos de la Montaña, de Vizcaya y de Aragón, del doctor de Mugica.—Barbarismos lingüísticos y barbarismos fonéticos de España.—España los llevó a América.—Su aclimatación en el Ecuador.

Puso la señora Casualidad, en nuestro camino, en Hamburgo, a un estudiante hamburgués que se esforzaba por aprender castellano.

El joven estudiante, amigo, más que amigo, novio de una chiquilla de sangre medio alemana, medio venezolana, muy amiga nuestra, supo de nuestra estadía en Hamburgo, por ésta, y se nos presentó y nos entregó una tarjeta timbrada así: *Karl Blat*, y rompió a hablar castellano bravamente, por supuesto mal, requetemal.

Blat, nuestro improvisado amigo, apenas conoce una docena de palabras castellanas y las habla como Dios le da a entender.

Entre éstas sonó un nombre: Mugica y junto a éste, Berlín...

Siempre que pensamos en Berlín, siempre que pronunciamos Berlín, pensamos en Mugica, pronunciamos Mugica, maquinalemente. La sinestesia, misteriosa correlación sensorial, misteriosa correlación de las facultades espirituales, nos obliga a pensar en Mugica, cuando pensamos en Berlín, nos obliga a pronunciar Berlín, cuando pronunciamos Mugica: Karl Blat tiene la culpa de haber asociado íntimamente en nuestros sentidos, los nombres Mugica y Berlín...

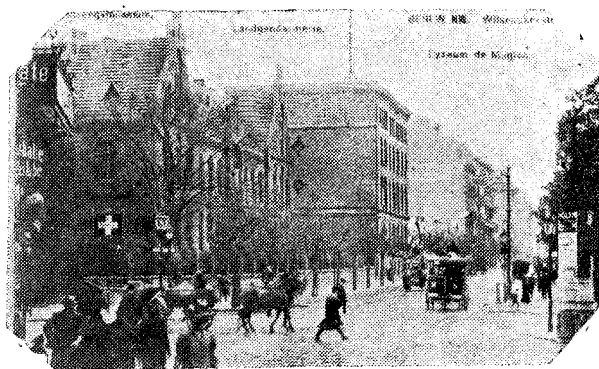
Estamos en Berlín, es preciso estar con Mugica, que estar con el señor doctor P. de Mugica, es estar en tratos con la Gramática Castellana, con la ciencia de la Filología con la alta crítica

literaria, y más que todo, con un caballero de corazón dispuesto a los más pulcros sentimientos de franqueza.

Por Karl Blat que está en Berlín y que ha topado con nosotros, sabe el doctor de Mugica, nuestro deseo de conocerlo, y el hotel en que vivimos... nos visita... ¡qué charla más franca: como de dos viejos amigos!

Nos dice que le *suen*a muy bien el nombre de Montalvo, aunque no le conoce literariamente al divino. Estamos engreídos por el buen sonido.

Es forzoso retornar la visita al reciente y amable amigo: nos hallamos en presencia de un caballero que, en el zaguán de la



Casa del Dr. de Mugica

casa, cifra 3 de la calle *Wilsnacker*, está en amigable charla con esta banda de gorriones, en diversión de amor y caridad, con estos esponjados, inocentes pajarillos que ven al amigo, al protector, al padre, a la providencia, en el señor doctor don Pedro de Mugica.

El doctor de Mugica se presenta siempre en el zaguán de su casa de vivienda, llenas las manos, de pelotitas de pan. Los gorriones lo ven, vuelan y revuelan en torno de él, pidiendo limosna de mendrugos, el noble español les da en holitas, profusamente, con cariño que revela cuán bien formado es su noble corazón.

¡Y pensar en que este dulce, amoroso amigo de los gorriones que tanto le aman, es el inmisericorde y justo destructor de grandes reputaciones literarias!

¡Qué duro con los hombres, qué suave y cariñoso con las aves!

Pero no con todos los hombres, únicamente con los literatos de relumbrón, así se llamen *Fastenrath* que “por su habilidad de reclamista se formó en Alemania una reputación de literato español, y en España, de literato alemán”; únicamente con los literatos presuntuosos y ensoberbecidos, así se llamen Cejador, a quienes les da “palo y más palo”, para valernos de las propias palabras del señor de Mugica, *et sic de coeteris*.

Después de dos, tres minutos de salón, somos conducidos a su gabinete de trabajo, especie de laboratorio purificador de la lengua castellana...

Empieza el acucioso doctor de Mugica, por darnos a conocer “*Maraña del Idioma y Maraña del Diccionario*”.

¡Cuánta sabiduría filológica, manuscrita y encerrada en siete cajas!!

¡Qué profundidad de conocimientos del idioma, de este benedictino de la Filología!!

“Este es mi trabajo de años, nos dice el señor doctor de Mugica, creo que he hecho un gran servicio a la lengua, ya que el Diccionario Castellano de la Academia Española, tiene tantas majaderías que he eliminado, tiene tantas lagunas que he llenado con paciente labor”.

Echa mano a “*Dialectos Castellanos, Montañés, Vizcaíno, Aragonés*”, y nos los regala cariñosamente.

Qué labor de tanta paciencia la del doctor de Mugica, en la recopilación de barbarismos fonéticos de las provincias de Santander, de Vizcaya y de Aragón.

Si nos admiró la paciencia del teutón, de rostro huesoso y cabeza cuadrada, que consiguió domesticar pulgas y las enseñó a obedecerle, en el circo, como dejamos narrado anteriormente, nos admira igualmente y nos pasma la paciencia rara del reputado filólogo doctor de Mugica, en la pesca de palabras y sonidos bárbaros, existentes en la misma España.

Anotamos que la tendencia de esdrújulizar las palabras graves, es propia únicamente de las provincias del Azuay y Cañar, en el Ecuador.

Por el doctor de Mugica, sabemos que España llevó al Ecuador *cabayo*, por caballo, *gayo*, por gallo, *abogao*, por abogado, *tostao*, por tostado, *aguao*, por aguado, *pa qué*, por para qué, *pa tí*, por para ti, *pa mí*, por para mí, *alma*, por arma, *parma*, por palma, *carma*, por calma, etc,

El cambio de la *ll* en *y*, la caída de la *d* de las palabras que terminan en *ado*, la eliminación de la sílaba *ra* de *para*, el cambio de la *l* en *r* y viceversa, han echado hondas raíces, en los pueblos del litoral ecuatoriano, solamente; nadie, absolutamente nadie dice en las serranías ecuatorianas *beya*, por bella, ni *sordao*, por soldado, ni *esberta*, por esbelta, ni *pa* tu madre, por para tu madre, pues estos barbarismos de España, viven lozanos hasta entre personas de subidos quilates literarios, en la costa ecuatoriana, en la conversación familiar, aunque al escribir las palabras del fonema rompido, las escriban correctamente.

¿Qué mucho que hasta ciertas personas cultas de la costa ecuatoriana, incurran, al hablar, en los barbarismos fonéticos que anotamos, cuando poetas de alta valía, de España, como Francisco Villaespesa pecan de bárbaros en este punto, hasta en sus poesías?

¿Se quiere una muestra?

Allá va:

Alhamar

“Es, Aben Ishac, la gloria de tu nombre, *mi orgullo*

Te entrego los cautivos y su rescate es tuyo”.

¿Otra?

Aquí está:

—Abul Beca

“Bella, muy bella, es Sobeya,

La letra de esta canción,

Por eso, por ser tan *bella*,

Requiere contestación”.

Podríamos copiar muchos versos de Paco Villaespesa, con consonantes bárbaros, como los copiados arriba, en los que *orgullo* aparece consonantado con *tuyo* y *Sobeya* con *bella*; pero bastan los versos transcritos para evidenciar que el barbarismo fonético nacido de la *ll*, florece en España, en los escritos y en los labios de poetas de renombre como Villaespesa.

España, madre querida, te debemos el ideal de cosas brillantes, te debemos la quijotería, te debemos el ensueño de nobles grandezas; tenemos tu alma guerrera, tu alma de leyenda heroica, tu alma de luz y de poesía; España, dueña del sol un tiempo, te debemos también tus barbarismos...

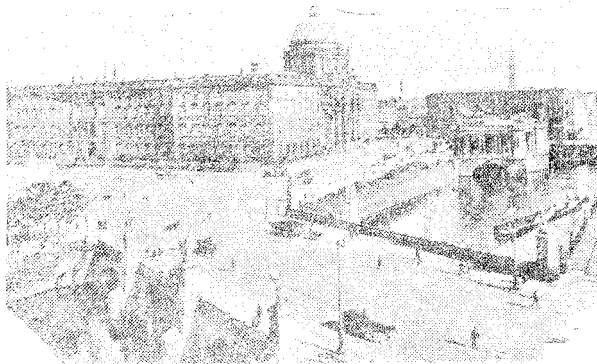
XLVII

BERLIN

*Últimas correrías.—El Palacio Real y el puente del palacio.—Las iglesias francesa y alemana.—La Gran Estrella.—El palacio del parlamento.—Andanzas por Bellevue y por algunos arrabales.—
La alegría de ver un montículo y otras alegrías.*

Se acerca el minuto de abandonar esta pulcra ciudad; son forzosas las últimas correrías por ella, para enjorar el corazón, con las bellezas en que abunda.

Tomamos un automóvil, para abreviar las distancias y nos disparamos por puentes, calles, palacios, iglesias, avenidas o no vistas aún o no bien visitadas... Suda el hopo nuestra curiosidad, pero cumple sus deseos... llegamos al puente monumental del palacio real y nos deleitamos, en estos grupos de esculturas de mármol: uno... tres... cinco... ocho, que sirven de ornato a la vía y dan mayor elegancia a este palacio real, visto ya por nosotros, no ha muchos días, en la cara que mira a la encantadora plaza Lustgarten.

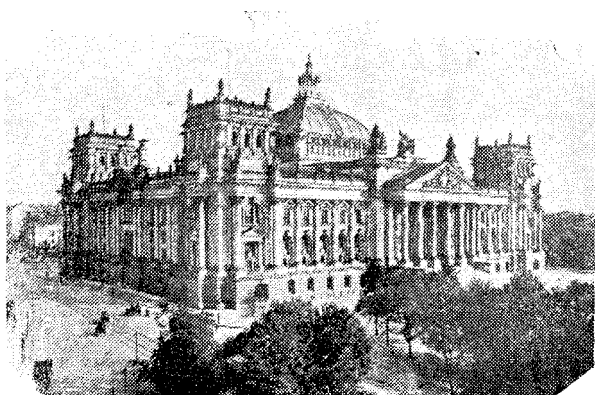


Palacio real y puente del palacio

No se bebe los vientos el automóvil que carga nuestra humanidad; por el contrario avanza despacito, como dándonos tiempo, para que no sólo veamos, sino para que miremos y admiremos estos contornos y relieves, dignos de alabanza.

Allá se encumbran dos torres frente a frente, muy cerca la una de la otra; a ellas vamos... este edificio es la iglesia francesa y estoto la basílica alemana. No descendemos del auto, para meternos en el interior de esta basílica, por tener que recorrer Berlín, por todas partes, viendo lo no visto y admirando lo no admirado... Rodamos por la calle de Leipzig, hasta Friedrichstr., nos inclinamos al Sur de esta larga rúa; desembocamos en la plaza circular de la Bella Alianza, le damos la vuelta y nos metemos en esta calle de Guillermo, con rumbo al Norte, hasta encontrarnos, otra vez, con la calle Leipzig, por la que rodamos hasta la Plaza de Potsdam, cuyo círculo trazamos; nos dirigimos a la calle Tiergarten, amplia y donosa vía, limitada por el Norte, por el inmenso parque de igual nombre. Paseando por esta avenida, entramos en Charlotemburgo y nos dirigimos a la plaza en que se encumbra la iglesia erigida en memoria del emperador Guillermo I, iglesia de la que algo dijimos en páginas anteriores, cuando pusimos este monumento religioso, a la contemplación de nuestros lectores. Por donde quiera que pasamos, aunque sea por las más apartadas calles de la ciudad, nos place encontrar aseo digno de imitarse aún por las ciudades más limpias del mundo. Avanzamos al Noroeste y damos con esta avenida de rectitud desesperante que se mete por el centro de Tiergarten y desemboca en la Gran Estrella, plaza circular que está en pleno Tiergarten, embellecida por esta fuente de San Huberto, por estos grupos bronceos de escenas de cacería; por estos bancos inmensos y por estos cinco caminos lustrosos que van hacia la Puerta de Brandemburgo, hacia Knie, hacia la calle Tiergarten, hacia la alameda de Bellevue y hacia la calle Lessing.

Rompemos a caminar hacia la Puerta de Brandemburgo, de ésta tomamos dirección al Norte y en breve llegamos a esta Plaza del Rey y nos plantamos delante de este palacio de la elocuencia, de la sabiduría del imperio y de las rebeldías de los hombres: el *Reichstag*.



El Reichstag

Este imponente y bello palacio, nos cautiva, por la galanura de su construcción de estilo del Renacimiento clásico italiano, coronado por la guirnalda imperial. Se nos dice que tiene de largo ciento treinta y un metros, de ancho, ochentiocho y de alto hasta la corniza, veintisiete metros y setenticinco metros hasta la corona imperial del remate. Creemos lo que se nos cuenta, por no ser de nuestra incumbencia, entrar en mensuras. Vemos esta alhaja de Berlín, con todo el entusiasmo que arranca de nuestra alma, la belleza, hacemos algún croquis en nuestra mente, de este Reichstag esplendoroso y nos alejamos, en busca de otras bellezas que atesora la capital del imperio alemán... Regresamos a la Plaza de París y de ésta avanzamos a la espaciosa Avenida Bellevue que la recorreremos de Sureste a Noroeste, hasta llegar al palacio Bellevue, que descuella en la ribera del Spree, al Norte del Parque Tiergarten, no a mucha distancia de la Gran Estrella...

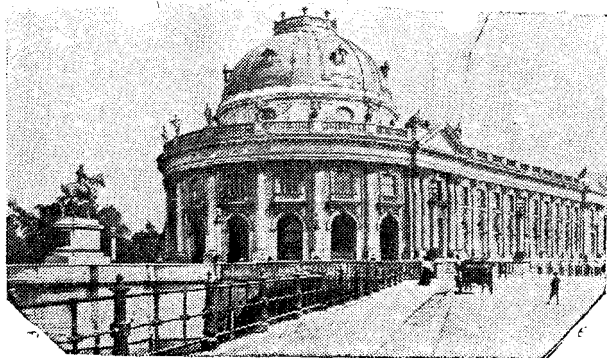
Cuentan las crónicas que se construyó este palacio real de Bellevue, en 1785. Vemos el magnífico parque de este castillo, y en él, como símbolo de inmortalidad, el imponente monumento del príncipe Augusto de Prusia.

Las rosas del parque revientan como una sonrisa, junto al monumento, mientras el agua del río que corre mansamente, lamando las veras del castillo, gorgoritea bajito y con dulzura...

Abandonamos este palacio, iluminado por estos lampos de luz solar, que doran el paisaje y le dan animación y vida alegre.

Finaliza el medio día, el auto rueda hacia el Este de la ciudad, para satisfacer nuestros deseos, después de haber visitado un poquito de Charlottemburgo, parte integrante de esta metrópoli, de casas de reciente factura, de calles que desembocan en esquinas como estrellas...

Rodamos ya talvez un cuarto de hora, por entre siluetas de matices de penumbra de varios tonos y al cabo de este tiempo nos hallamos, de nuevo, a la sombra de esta catedral protestante, de cúpulas verdes; avanzamos un poco y nos detenemos junto a este ostentoso edificio, con el nombre de Museo del Emperador Federico.



Museo y estatua del Emperador Federico

Es el medio día; arde el sol, en los cielos, sin alardes de incendio; brilla la cúpula de este museo, bañada de tenue luz de oro, dando al cuadro prestigios de belleza; estamos tentados de abandonar nuestro vehículo y de meternos en este grandioso museo para admirar muchos tesoros de curiosidades; pero la estrechez del tiempo, no nos lo permite. Con todo, saltamos del hueco lujo-

so y tibio de este automóvil, para contemplar las líneas, los relieves, el gusto artístico de esta construcción arquitectónica, gala suntuosa de Berlín; caminamos despacito en torno de este Museo, viendo y reviendo la pintoresca ornamentación exterior; mirando y contemplando las estatuas que, localizadas arriba, en el nacimiento de la cúpula, dan un toque de ensueño al edificio.

Quizá para justificar el nombre de este Museo, se ha colocado junto a él, la estatua ecuestre del emperador Federico, cual perpetuo guardián de este palacio...

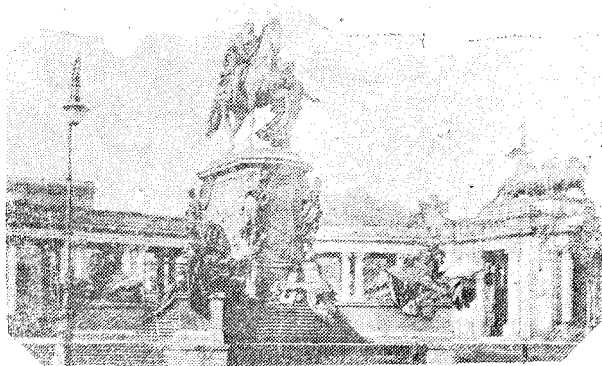
Vistos estos dos monumentos grandilocuentes, nos alejamos de ellos, dándoles un adiós acaso eterno...

Somos humanos, no vivimos solamente de bellezas, sino también de pan. Mientras a éste le tributamos los honores, descansamos un tantico, en el restaurante, para volver a las agradables correrías... tomamos un vaso de agua, por ser, como somos temperantes relapsos; ese alemán nos ve insistentemente, cada vez que bebemos agua cristalina, entre plato y plato; somos para este rubio, objeto de curiosidad; ¡"bebe agua ese caballero"! murmura el rechoncho vecino; "en los cuarenta años de vida que tengo; no he tomado jamás un vaso de agua, porque he creído que el agua no es para beberla"... y empina el buen hombre un vaso de cerveza de dos litros y se la lleva, sin resollar, al abdómen, de una vez...

Hemos yantado ya... el automóvil nos lleva por los más lejanos arrabales de Berlín, por entre callejas angostas, pero limpias y risueñas... ¡se abren desmesuradamente nuestros ojos, de alegría de ver en esta llanura inmensa, en esta pampa desesperante, un montículo que rompe la monotonía de la planicie, elevándose en ella, sesentidós metros... *Kreuzberg*... la Colina, de la Cruz, se llama el montecillo. Nos desbordamos de júbilo, al toparnos con esta prominencia, porque, como hijos de las altas cumbres, las dilatadas llanuras, las infinitas pampas, nos han tenido enfermos de nostalgia de nuestros cerros escarpados... este montículo, en que se ostenta majestuoso el monumento conmemorativo de las victorias de Prusia, desde 1813 á 1815, si nos alegra por su altura, nos agría el espíritu, por los emblemas de la fuerza, desde los que parece que se alza el tibio vapor de la sangre de los sacrificados en los combates...

Volvemos a los barrios más poblados de la ciudad, tomando la Calle de la Bella Alianza. A poco, y rodando a todo rodar estamos en la plaza del nombre de la antedicha calle. Como vacila el conductor sobre el camino que debe seguir, le ordenamos ir por la Calle de Federico; la toma y rueda por ella hasta Unter den Linden. Este apiñamiento de vehículos nos detiene en este precioso lugar; el gendarme descongestiona el tráfico, dando lugar a que salgamos nosotros del apiñamiento. Caminamos sin rumbo en la ciudad, hartándonos de las bellezas de Berlín. De repente damos con este Monumento Nacional del Emperador Guillermo I.

Caballero en brioso corcel de guerra, detenido de las bridas por el ángel de la gloria, se deja ver Guillermo I sobre este pedestal, en cuyos planos verticales hay estatuas que representan escenas salientes de la vida del monarca.



Monumento Nacional de Guillermo I

Después de esta visita de importancia, impensada por nosotros nos retiramos de este sitio, llena el alma de bellezas y el corazón de encantos y alegrías; nos retiramos recordando todo el bien que prodigó el monarca, al pueblo alemán que supo pagarle sus beneficios, con acendrado amor, exteriorizado en fiestas brillantes en honor del monarca, exteriorizado en los 322 monumentos que, en Alemania toda, le erigió el pueblo alemán, para que el emperador bien amado, viva en ellos, la gloria de la eternidad...

XLVIII

COLONIA

La ciudad de las cien iglesias.—Clérigos, en partidas.—Colonia, antesala del cielo.—Nuestra sensación, en la Calle de la Sangre.—El Agua de Colonia.—La belleza del Rhin.—Estatuas y el hermoso anillo de Colonia.

¡Colonia!!

Estamos, al fin, en la ciudad de las cien iglesias, como en toda Alemania se le apellida a esta urbe que ha poblado las tres cuartas partes del reino de los cielos, ¡ella sola!

Colonia, la ciudad de Agripa, la sultana soberbia del verde y quejumbroso Rhin, nos alberga hoy día, en las entrañas de un departamento del HOTEL-DOM, lleno de tapicerías elegantes y de espejos de renombrado cristal, rico de elegancias, para todas las exigencias exquisitas...

¿Qué grupos son éstos, como no los hemos visto, en parte alguna del mundo?

¡Grosos pelotones, en las calles, apiñadas multitudes de hombres de sotana, en todas partes!

¡Talvez ni en Roma, sede papal, se gasta como aquí, el lujo de tantos hombres con hábito talar!

Martín Lutero, triunfador, en la conciencia de Berlín; triunfador, en la conciencia de la inmensa mayoría del imperio alemán; Martín Lutero que arrebató al Papa, talvez media Europa, enfrentándose al dominico Tetzel, a este milagroso dominico que no sólo sacaba almas del purgatorio, por tres marcos, sino de los mismísimos quintos infiernos, por veinticinco marcos; Martín Lutero, el heresiarca alemán, el agustino de fuste, que puso a raya al dominico heresiarca también, está en derrota total, en esta ciudad de Colonia, madre fecunda de monaguillos, clérigos y canónigos, de obispos, arzobispos, nuncios y cardenales; madre fecunda de coros, tronos y dominaciones celestiales.

La religión católica, apostólica, romana, impera, de siglos atrás, en el alma de Colonia, de tal guisa que, quien no la profesa, va a dar, en un muladar, al morir...

Rodeados de tantas sotanas y de tantos manteos, en paseos, calles, parques y avenidas, nos parece que nos hallamos en un Seminario Mayor, nos parece que ya mismo se nos abre la corona y que vestimos sotana...

Colonia nos demuestra las profundas raigambres del catolicismo, en ella, con tantas basílicas, entre las que descuella, con egregia majestad, el Dom, con tantos conventos y tantas monjas, con tantos sacerdotes y tanto incienso y oraciones tantas...

El tiempo nos viene estrecho, París nos arrastra, con la brillante esbeltez de sus donaires sugestivos, el tren nos llama con su estridente silbato; conozcamos siquiera al trote, de lijero, la ciudad riente, la ciudad comercial, la ciudad olorosa, que nos brindó con su agua perfumada, en la cuna, en la niñez, en la juventud en la plena virilidad y que nos brindará, en la vejez y ancianidad; conozcamos la ciudad alegre de los vinos generosos, conozcamos la ciudad de Santa Ursula y las once mil vírgenes y más que de éstas, de San Gerrón, patrono de ella y de Ryxi, reina de la urbe, que se fué al cielo en 1057, porque de aquí todos van al cielo, con excepción de los que no van...

Trotemos por el dédalo de estas estrechas calles; vayamos en peregrinación por la Calle de la Sangre; atravesemos el caudaloso Rhin, rico de fastásticas leyendas, atravesemos el magnífico puente del ferrocarril; caminemos el puente de barcas; corramos unos instantes en *Deuz*, la pequeña ciudad blanca, de la orilla opuesta del luminoso Rhin; entremos, con el alma regocijada, en la renombrada catedral, veamos sus tesoros deslumbradores; trepemos a sus elevadas torres, para dominar, con la vista, la ciudad de forma de herradura, en la orilla poética del Rhin, como Guayaquil en la margen del caudaloso Guayas; sí, trepemos a las altas torres de la majestuosa catedral, para espaciar la mirada, en lo infinito, para acercarnos a Dios...

¿Por dónde principiar?

Por esta aristocrática avenida, repleta de árboles y dibujos caprichosos de grama, llena de susurros y poesía?

¿Por esta *Bayenstr.*, que sonríe al verde Rhin?

- ¿Por *Achenstr*?
 ¿Por dónde principiar?
 ¿Por *Severinstr*?



Plaza de la República

¿Por la Plaza de la República, donde los surtidores dan música al transeunte, chispas de pedrería luminosa, a las sedientas aves, idilios, a las almas que mueren de amor, a la sombra de estos árboles de hojas sonoras y verdes como el Rhin.

¿Por las fábricas de agua perfumada, de uso y renombre universal, por los depósitos de ésta, por las tiendas, almacenes y bazares, en que se vende la magnífica *Agua de Colonia*?

De principiar por cualquiera de estos sitios, en que se vende Agua de Colonia, principiaríamos nuestra visita, de dondequiera, ya que no hay tienda, almacén ni chiribitil, en que no se la ofrezca en venta, en frascos de todo linaje, en pipas y toneles...

¡Qué enorme cantidad de Agua de Colonia, en la ciudad!

Sí, en un momento dado, se vaciaran todos los depósitos de Agua de Colonia, existentes en Colonia, correría un oloroso Rhin, por muchas horas...

¿En dónde estamos?

Gritos salvajes entremezclados, con el sonido del chocar de espadas enfurecidas, hieren nuestros oídos; imprecaciones iracun-

das, confundidas con sollozos suplicantes, retumban en la atmósfera; carcajadas diabólicas, sumadas con oraciones fervientes, estallan por doquier; relámpagos de ira, pasan cegando nuestras pupilas asombradas...

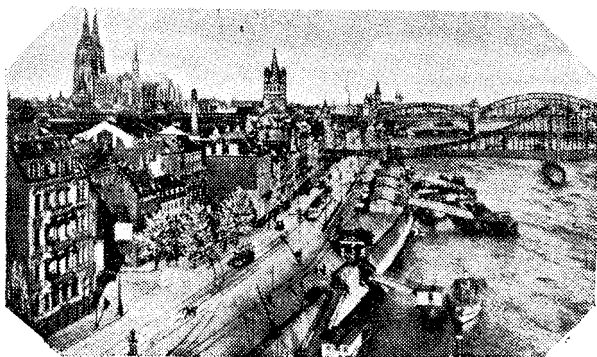
Olemos sangre de martirio; hay miles de cadáveres de hermosas doncellas, rodando en las charcas de sangre del camino...

Estamos en la Calle de la Sangre, ara en que fueron inmoladas las prisioneras de los hunos, destinadas para esposas de los oficiales del ejército de Máximo, por órdenes de Ganno quien, por no poder conseguir que Ursula le amara, resolvió matarla y la mató, en junta de las once mil vírgenes, en degüello general, el 21 de Octubre del año 383, según cuentan las crónicas del martirologio católico...

¡Qué cosecha tan abundante y rica de vírgenes, para el cielo, por haberse negado las doncellas de las naves bretonas, salvadas del naufragio, por haberse negado a dar oídos a los arrumacos de un bárbaro o de muchos bárbaros.

La montaña enorme de huesos de Santa Ursula y las once mil vírgenes, se está aquí en este convento de las Ursulinas, y con ser una montaña *kolosal*, nuestros ojos, no la ven, aunque se extremece nuestro corazón, por el horror de la tragedia de hace más de mil quinientos años, en este sitio que hoy lleva el nombre funesto de *Calle de la Sangre*...

Como el tiempo vuela, como nos restan pocas horas de estadía en esta vieja ciudad, como no podemos detenernos cuánto exigen la belleza, las tradiciones y la poesía de este pintoresco retazo de Alemania, mimado por el río más bello de Europa, comparable en donosura al río Daule ecuatoriano; pasamos raudamente por entre este hormiguero humano, de cada calle, por este museo con momias de reyes y gente de alto pro, de miles de años de edad, corremos por la orilla de este río poblado de vaporcitos y de botes, por *Leystapel* que tiene para ataviarse graciosamente, arbolitos enanos que hermocean la vía: que tiene de un lado el verde Rhin, cantando, a todas horas idilios de dulzura divina, y del ótro, palacios que disfrutan el paisaje... nos metemos en *UbierRing*, andamos por *KarolingerRing*, trotamos por *SachsenRing*, pasamos por *HohenspaujenRing*, recorreremos *HabsburgerRing*, Ho-



Malecón Leystapel

henzollernRing, *Kaiser WilhelmRing* y *HansaRing* y salimos de nuevo a la orilla del río sonoro.

Estas últimas hermosas calles, forman como lo indica la palabra *Ring*, un enorme anillo, dentro del cual, está Colonia. Este anillo de calles risueñas, principia en la orilla del Rhin donde finaliza la ciudad en la parte de abajo, circunvala toda la urbe y vuelve a salir en la orilla del Rhin, donde finaliza Colonia, por la parte de arriba...

Y andando calles y andando el gracioso anillo, vemos la estatua del rey Federico Guillermo III, en la plaza *Heumarkt*, la estatua del infaltable Bismarck en *Agustinoplatz*; la de Moltke en *Laurenzplatz* y la fuente *Jan von Werth* entregada al público en 1884, por la Junta de Embellecimiento de Colonia...

Robémonos unos instantes, para dedicarlos, por entero, a visitar el Dom, ya que hemos dado vueltas, en la riente ciudad, y la hemos recorrido con amor, conociendo y admirando sus bellezas...

XLIX

COLONIA

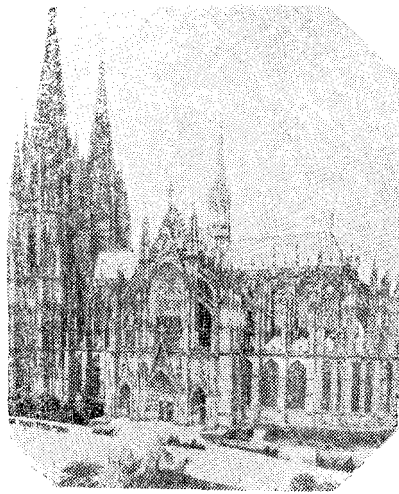
La majestad del Dom.—Una de las mayores maravillas del arte gótico del mundo.—Profusión de obispos, arzobispos, santos, ángeles, reyes, emperadores....—Pilares de cuadros, paredes de vitrieras policromas, de motivos bíblicos.—Capillas suntuosas.—El corazón de María de Médicis.—La campana de 25 quintales.—Las torres.—Lo que se ve desde ellas.—Inscripción de nuestro nombre.—Dos palabras sobre el pueblo alemán.

¡Estamos delante de una de las mayores maravillas del arte gótico del mundo!

Esta plazoleta pequeñita, tristonra y miserable, en cuyas veras se gallardea la catedral, es indigna de uno de los monumentos más hermosos del universo, cuyas suntuosidades contemplamos gratamente!

Nos sentimos sobrecojidos, por la grandiosidad de la belleza, de este milagro de granito, de calados pulcros, de encajes caprichosos y filigranas de piedra, finamente dibujados y cincelados con maestría, sin igual.

Contemplamos, con fruición, este ábside en que descansan las bóvedas de las naves de la catedral y sus capillas suntuo-



La Catedral

sas, ábside que se muestra a las miradas de los hombres, ornamentado con todas las galas del arte. Maravilla la contemplación de estas flores de granito, de estas hojas de trébol, de estas hiedras retorcidas, de estas hojas de roble y de estas tiernas vides, dispuestas en el decorado, con desesperante perfección.

La profusión de nichos y hornacinas del exterior de la catedral, es de imponderable riqueza de obispos, arzobispos, papas, apóstoles, ángeles, vírgenes y santos; reyes, emperadores, guerreros y grandes del mundo, en actitudes hieráticas, únos; arrodillados, con las manos juntas, ótros; con libros abiertos, leyendo incansablemente, éstos; predicando éstos; elevándose al azul del cielo, aquéllos; bendiciendo al mundo, los de más allá; imponiendo leyes al imperio y leyes a las conciencias, los que entonces fueron dueños de pueblos y rebaños de hombres...

¡El escepticismo se suaviza, y se comienza a pensar en que esta catedral, resulta morada digna de Dios! Hay que entrar en ella, no sólo por admirar los tesoros de arte gótico y de arte decorativo, de su interior, sino para rendir pleito homenaje, a cuantos se esforzaron en erigir este santo orgullo y gloria inmarcesible del arte gótico del mundo.

Estamos en el interior de la catedral, repleta el alma, de las austeridades de la casa de Dios...

La nave del centro, altísima y un tanto estrecha, con las otras naves laterales, forman un conjunto artístico de la más acabada perfección.

Los pilares de estas naves, están formados por atrevidas molduras que los rasgan de arriba abajo, en haces de luces policromas, que representan cuadros de canónigos, obispos y arzobispos, de reyes adustos y de caballeros que hacen piafar a sus corceles, con donaires petulantes...

Las paredes son ventanas y las ventanas cuadros en los que el arte contribuyó con toda su belleza.

Todo el altor de las paredes del *Dom*, es de vidrieras de policromías ricas de tonos, que representan pasajes bíblicos o escenas religiosas.

Esta vidriera representa la genealogía de la virgen, con todos sus detalles. Adán con los blasones de emperador, está en todo el apogeo de su orgullo de grande de la tierra. De su vien-

tre brota un árbol de proporciones gigantescas, cuyas ramas llenan la vidriera.

Cada rama representa un antecesor de la virgen; con cetros y coronas de pedrería luminosa, entre los cuales tañe el Santo rey David, el arpa, y el sabio rey Salomón fulge, en grandes reverberaciones de sabiduría. En lo más saliente del árbol genealógico, entre una nubecilla azul turquí, aparece la virgen llevando al niño.

Al través de estas policromías, pasa el sol encendiendo, con un soplo de vida singular, el oro, el ágata, el azul, el rubí, el verde, el púrpura, el rosado, el iris en fin, de las vidrieras, dando a los cuadros, tonos y esmaltes de fascinación...

Andamos pausadamente, por entre estatuas y frescos, por entre figurillas de ángeles, por entre obispos y arzobispos de piedra, de bronce, de mármol, de madera, arrodillados delante de altares, echados en tierra, entre enrejados de hierro; en pie, revestidos como para celebrar; apoyados en báculos suntuosos y con mitras de gran lujo, reveladoras del supremo poderío, en las conciencias y llenos ótros, del insolente orgullo de rescatadores de la tierra santa...

Estamos en presencia de la capilla de San Juan, en la que se guarda el primer plano de esta catedral, plano atribuido al diablo, por la imaginación de las multitudes siempre superticiosas, en todo el mundo, como si el diablo hiciera planos de joyas de arte, para beneficio de su poderoso enemigo: Dios.

El sueño de Engelberto de Berg, cristalizado en líneas, vive en el primer plano de esta iglesia, en esta capilla, en que está Conrado de Hochstaten que tuvo todo el valor de emprender en la obra de magnitudes colosales, poniendo *la primera piedra en 1248*. *Hochkirshei* de mármol de Carrara, del año 1410, guarda entre verjas de hierro el Sepulcro de los Reyes Magos, cuya parte superior representa La Adoración de éstos. Este *Hochkirshei* tiene tres lámparas que dicen al arder: ésta Melchor, ésa Gaspar, aquella Baltazar.

Cuentan las crónicas de esta catedral, que delante de esta capilla que está en el ábside, reposa, debajo del pavimento, el corazón de María de Médicis, cuyo querer fué reposar así.

Recorremos las capillas de San Engelberto, de San Miguel y San Maternus. En la última está *Filipus von Heinsberg*, primer arzobispo de Colonia, del siglo XIV, junto a una escultura de Cristo, hecha en el siglo XVI, y junto al sepulcro de Ryxi, reina de Colonia, muerta en 1057.

Recorremos los ciento treinta y cuatro metros de largo de este templo, de forma de cruz y de cinco naves, y los setenta y cuatro metros de ancho, en el crucero de tres naves, y contemplando y admirando muchas bellezas y muchos tesoros de arte, después de haber visto el tesoro de la catedral, en sus bóvedas internas, nos encaminamos a las torres, para mirar, desde sus cimas, el horizonte inmenso de Colonia, y el Rhin y sus orillas llenas de curiosidades y pobladas de barcos y de velas...

Ascendemos, poco a poco, por el interior de la elevada torre, para no sentir la fatiga del ascenso...

Llegamos a esta campana gigantesca de doce mil quinientos kilos, lengua descomunal de bronce, que llama a los fieles a la oración y al recogimiento, en las grandes solemnidades del culto y que toca a gloria, en las fiestas de Colonia. Junto a esta campana está la campana del Kaiser, hecha de los cañones franceses, puesta al servicio el año 1887, con cinco mil kilos de peso...

Estamos en la cima: desde aquí, volvemos a ver los bosques de pirámides de flores, de tréboles, de vides, de hojas de roble, que forma la parte decorativa de estas torres, con el mismo interés creciente con que los vimos desde abajo; volvemos a ver la selva de agujas en viaje a lo infinito, repletas de calados caprichosos, volvemos a ver las pirámides de flechas en las que el cincel del orfebre, hizo filigranas de granito, de esbeltez insuperable, volvemos a ver sus pináculos ideales y el erizamiento de agujas de esta catedral, en la que generaciones y generaciones han acumulado sus esfuerzos, en que genios y genios han dejado su arte inmarcesible; de esta catedral comenzada por Jerardo y por Arnoldo, continuada por su hijo Juan, arquitectos que principiaron esta gloria del mundo.

Dominamos ya por completo Colonia, cuyo río murmurante besa con labios leves y armoniosos, la ciudad, en cuya parte superior está *Bayenthurme*, con su obispo que bendice el Rhin.

Vemos desde aquí, la enorme cantidad de iglesias de la ciudad, las agujas de cuyas torres, rasgan con arrogancia, el azul de lo infinito.

Distinguimos perfectamente, entre otras muchas, la iglesia de Santa María del Capitolio, bendecida el año 1004, por el Papa León IX, la de los Santos Apóstoles, bendecida por el arzobispo Heriberto, en 1030, la de San Martín del año 1172 y de San Gerrón, patrón de la urbe. Distinguimos las iglesias de Santa Cecilia, del siglo X, de San Pantaleón del año 964, de San Jorge, bendecida por Ganno II, de San Severín del siglo XI, de San Cunivert, bendecida en 1247, por Conrado, con asistencia de Alberto el Grande, y la de Santa Ursula del siglo XII.

¡Qué bien se ve desde aquí, cómo se ensancha la llanura de Colonia, ciudad de leyendas y de ensueños y cómo se pliega y estrecha por Holanda, rematando por el Nordeste, con las históricas siete montañas...

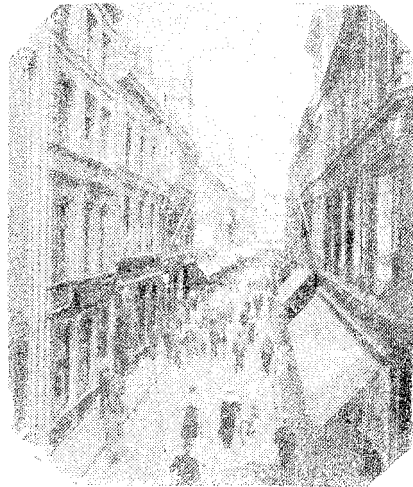
Esta torre tiene muchas inscripciones; nombres en inglés, en francés, en ruso, en turco, en japonés y en chino, en alemán y en italiano, en catalán y en castellano...

Nos sugestionan las inscripciones; nos sentimos tentados de dejar nuestro nombre en esta torre; caímos en la vulgaridad, por algo inexplicable, y lo escribimos en el plano de esta piedra.

¿Qué años durará?

¿Vendrán éstos y borrarán, a cincel, nuestro nombre, para esculpir el de ellos?...

Desandamos el camino de esta torre de ciento cincuenta y nueve metros de alto, preferida a la de ciento cuarenta y seis, para nuestra visita de curiosidad y de arte; desandamos, llena el



Calle Alta

alma de la grandiosidad de este monumento de gloria eterna del arte gótico, y nos disponemos a caminar por nuevos rumbos, y entre otras calles, visitamos esta rumbosa y descollante de la ciudad, llamada Calle Alta, en que el tráfico es inmenso y el movimiento, loco... Regresamos al hotel, admirando al sobrio pueblo alemán que brilla en el oro de sus entorchados; admirando al pueblo alemán que cumple con alegría, los ritos del trabajo, base de su holgura personal, admirando a este pueblo sano, que levanta monumentos que desafían a la eternidad y que son la apoteosis del arte, en sus variadas y más atrevidas concepciones, admirando a este pueblo que lleva en sí, la característica más justa de ser el más alto exponente de la civilización del siglo...

L

PARIS

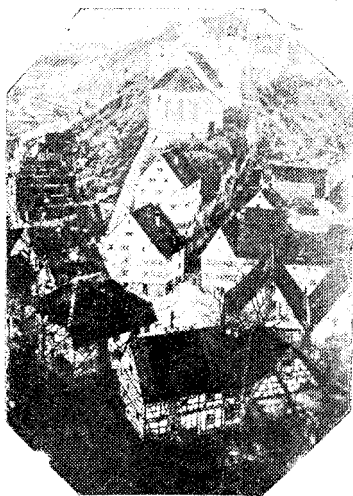
Vuela el Pullman.—Caseríos que pasan, como relámpago fugaz.—Inspección de aduana.—Al hotel Astoria.—Caminos que recorremos.—Parajes con tronidos de marea.—Marejada humana.—Hombres que se fingen caballos.—Todo es cuestión de estómago.—Avanzamos.—Perdidos en el laberinto de las calles...

Vamos demasiado de prisa, vuela el Pullman, en vez de rodar, vuela vertiginosamente hacia París.

¿Cómo filmar películas?

Sacamos la cabeza, por la ventanilla, y vemos adelante de la línea férrea y a sus veras, y muy distante, en la remota lejanía, la silueta blanca, pero informe de algo que parece caserío. Todavía no nos enteramos bien de si lo que parece caserío es una aldea o una ciudad de valía, cuando pasa, como relámpago fugaz, por nuestros ojos, sin darnos el menor tiempo, para que sepamos a conciencia, lo que es en realidad.

Estos caseríos que pasan como una exhalación, por la ventanilla del tren, de seguro que tienen la misma fisonomía de los que hemos podido mirar detenidamente, en otros lugares europeos: grupos de casas de la más primitiva arquitectura. Cuatro paredes blanqueadas, con culatas en los dos extremos, con hile-



Casas de aldea

ras de ventanas rectangulares, tanto en las culatas, como en las paredes que no las tienen, una puerta al medio del cuadrilátero: he ahí una casa de estos campos...

De repente para el tren: estamos en la frontera belgo-alemana...

Vuelve a parar el tren: estamos en la frontera franco-belga, hemos atravesado Bélgica, en un santiamén.

Otra vez para el tren, ¿qué pasa?...

Estamos en París...

Ocupamos el sitio de la letra inicial de nuestro apellido, en la Estación del Norte, para la revisión del equipaje.

Nos apresuramos a abrir nuestras cajas, baúles y maletas, pero el empleado de aduana, nos insinúa la idea de cerrarlos, hasta el momento matemático...

—¿Trae usted tabaco?, ¿trae usted alcohol?, ¿trae usted armas?

—No, señor, le contestamos, disponiéndonos a franquear las entrañas de nuestras maletas, de nuestras cajas, de nuestros baúles...

—No abra usted su equipaje, nos dice amablemente, este pulcro caballero, al mismo tiempo que pone sobre baúles y cajas y maletas, el signo que indica que ya se hallan revisados... está usted despachado...

Esto es un primor, para los contrabandistas, nos decimos.

Pasa el empleado a revisar el equipaje de otro viajero, compañero nuestro.

Este que ha mirado atentamente nuestra actitud, hace lo que nosotros: se apresura a abrir sus cajas y maletas. El empleado le mira de cierto modo, y le deja; no procede como con nosotros...

—¿Trae usted tabaco?, ¿trae usted alcohol?, ¿trae armas?

—No, señor, le responde el interpelado.

El empleado de aduana, no le da crédito; comienza a revolver los objetos de las cajas... salta una rueda de cigarrillos...

El contrabandista es llevado, sin miramientos, a la cárcel...

¿Por qué a este viajero no se le cree, como se nos cree a nosotros, por nuestra palabra solamente?

¡Malicias del oficio!

¡Sinceridades que se revelan en el rostro!...

Venga un auto...

Lo cargamos de nuestro equipaje y nuestros huesos, y dic-
tamos esta orden terminante: chauffeur, al Astoria de la Aveni-
da de los Campos Elíseos.

Rompe el auto a correr, por entre esta apiñada agrupación de
vehículos y gente...

Rodamos en esta calle amplia y hermosa, por entre estas agi-
tadas multitudes... para el auto, que el policía así lo quiere...
podemos leer: *Rue de Lafayette*... se descongestiona la vía, el
policía ordena seguir; seguimos... entramos en este paraje con
tronidos de marea: los automóviles, los coches, los autobuses, los
ómnibus y cuántas máquinas inventó el demonio, para producir bu-
lla, con todos sus pitos, con todos sus silbatos, con todas sus si-
renas, con todas sus bocinas, aullan, chillan, silban, roncan, en
horrible confusión... vemos en sucesión interminable, grupos
enormes de humanidad, que suben, que bajan en tumbos hirvien-
tes; individuos que asoman en el vértice de estos tumbos, como
burbujas y que descienden a la sima y desaparecen en la mareja-
da humana; olas hinchadas, de personas, que revientan en las
aceras; series de caballeros adustos, de damas de alta alcurnia,
de jóvenes pisaverdes, de *petites femmes*, de populacho, de comer-
ciantes, de buscavidas, de *apaches*...

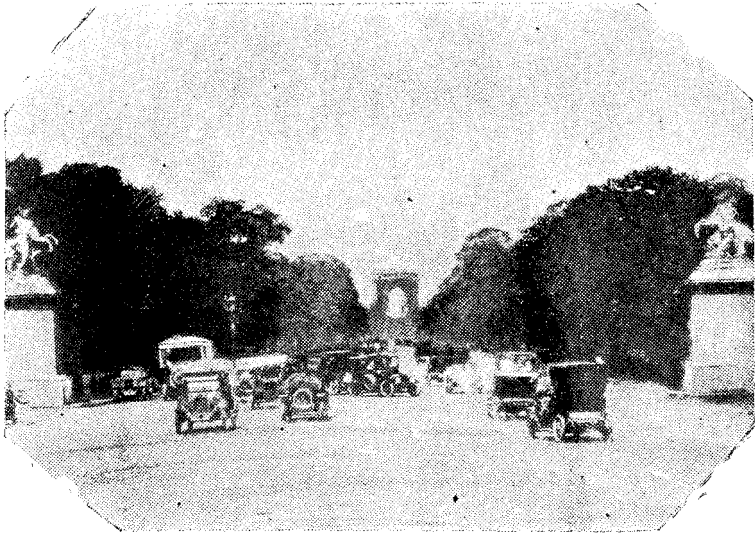
Este movimiento es como el de Nueva York; no, que aquí es
más intenso el arremolinamiento de gente de todas partes del glo-
bo...

Al fin da la señal el policía, de que pasen los vehículos de
nuestro lado... trotan, corren delante de nuestro automóvil,
estos hombres que se fingen caballos y arrastran coches.

En Guayaquil, tuvieron el necio antojo, de hacer el papel de
caballos, ciertos políticos, para arrastrar el coche de Bowen!...

En París se fingen caballos, ciertos hombres, por el *sou*; en
Guayaquil, tomaron el papel de bestias, los políticos, para llegar
a la tesorería; todo es cuestión de estómago.

Avanzamos penosamente, sin apachurrar una cincuentena de
personas, merced a la pericia del chauffeur y avanzando siem-
pre, recorremos bulevares, andamos avenidas, traficamos calles,



Avenida de Los Campos Elíseos

nos metemos en callejas, entramos en este paseo regio, bordado de árboles, cuyo nombre nos dice el chauffeur: Avenida de los Campos Elíseos, y andando estas calles, cuyo nombre sabremos en breve, llegamos, por fin, al deseado Astoria...

Instalados ya, en un lujoso apartamento, vamos a poner en práctica, en París, lo que hemos hecho en las otras metrópolis que hemos visitado: largarnos a la calle solos, en exploración de la ciudad, para salir después sin titubeos, por bulevares y calles y avenidas...

Nos aventamos a la calle bravamente; pero antes de explorar el campo, veamos al amigo comerciante del Ecuador, en su oficina, nos decimos: chauffeur, a la calle Tal, número tantos...

—¡Oh amigo mío!

—¡Oh amigo nuestro!

—Espéreme unos instantes, doctor Montalvo; mientras tanto despachemos el auto, ¿no le parece bien?

Pagamos al chauffeur, le ponemos desusada propina en la enguantada mano, y adiós...

—¿En dónde se hospeda, doctor y amigo?

—En el Astoria, de la Avenida de los Campos Elíseos.

—Magnífico.

Apresura sus labores el amigo, concluye su faena diaria y se adelanta a la calle, en nuestra compañía.

Tomamos un auto y damos la dirección al chauffeur; Astoria Hotel, Avenida de los Campos Elíseos...

Estamos en el Astoria, pero no donde nos hospedamos.

Este percance no nos enfría las carnes, nos damos a buscar el hotel, en que llegamos, con buen humor, por estos contornos.

Recorremos a toda máquina, todas las hospederías de los alrededores del Astoria, y no damos con la en que nos hospedamos.

¿Qué hacer?

Nos comenzamos a inquietar, por haber pasado una hora larga, sin encontrar la en que está nuestra familia.

La tarde expira ya, se acerca la noche, crece nuestra inquietud, crece nuestro cansancio de andar por Los Campos Elíseos y sus alrededores, en busca del hotel perdido...

Se nos viene una idea salvadora: retornar a la Estación del Norte, para pescar datos del bendito pseudo Astoria. Estamos en la Estación del Norte; nos dirigimos al Jefe de tráfico y le pedimos datos...

El Jefe de tráfico abre su cartera y, consultando sus apuntes, nos dice: el auto número tantos, que tomó usted está en este momento en el *Robin*, calle del Coliseo, de donde ha de ir, a las siete y media de la noche, a la Estación del Este. Hay quince minutos de tiempo...

Corremos y llegamos con oportunidad al *Robin*...

—Chauffeur, ¿en dónde nos ha dejado usted?

—*Pardon, monsieur, pardon, monsieur*, masculla el hombre y toma su máquina y anda.

Le seguimos con placidez...

Dos minutos más tarde, llegamos al hotel AVENIDA, en la *Rue du Colisée*, en las cercanías de Los Campos Elíseos.

Les damos propina a uno y otro chauffeur, porque aquí se da propina hasta por las malas partidas que estos hombres infernales, juegan a todo el mundo, y, hasta luego...

Nos faltó la previsión del viajero precavido. Por la confianza de que el chauffeur nos dejó en el hotel Astoria, no tomamos la tarjeta del establecimiento, cuando salimos a la calle.

Hemos pasado horas, extraviados en los laberintos de París.
Hay que saborear de todo.

LI

PARIS

Derrumbamiento de ilusiones.—París conocido en los libros y por nuestros propios ojos.—Tiene razón el poeta.—Todo se ve del color del cristal con que se mira.—Lo que creímos que era París.— Dejemos de soñar.—Veamos las cosas como son.—Conviene orientarse.—París desde la torre de Eiffel.—La Plaza de la Concordia.— Impresiones y recuerdos...

¡París, París, ya estamos en tu seno de alegrías locas, de placeres desaforados y delirantes tormentas de amor!...

Pero, ¡oh París!, las cinco letras que cristalizan tu nombre misterioso, y que rodaron siempre en nuestros labios, cual música de sonoridades mágicas; son ya la realidad que palpamos, con el doloroso desencanto de una ilusión desvanecida...

El brillo de tus seducciones fascinadoras, que deslumbró nuestro espíritu, como lo deslumbraron en la niñez, los cuentos orientales, con sus opulentas policromías; se desvanece, con la fría realidad, en este instante, como el iris de las pompas de jabón, reventadas por el viento...

¡Desengaño traidor!!...

¡Cuán distinto el París conocido, en los libros y relatos verbales, del París visto por nuestros ojos!!

A cada instante tiene razón el poeta:

“¡Todo se ve del color
Del cristal con que se mira!”

Ya llegará el cristal de rosa para ver a París, en sus variadas manifestaciones de cultura, en los caprichos del arte; en la vida del ensueño y la poesía, en la vida del ingenio y de las ciencias, en la vida de la belleza, en la vida de las grandes alegrías, en la vida de los placeres ciegos...

Por desgracia tenemos, en nuestros ojos, el cristal de los mayores desengaños, y a fuer de sinceros, desarrollamos, sin vacilaciones, la cinta que guarda todos estos cuadros...

Creíamos vivir el minuto de ensueño, en una ciudad semientantada, de bulevares maravillosos, poblados de árboles aromáticos, en un ambiente de poesía y de luz, y vivimos una realidad severa, en estos bulevares que nada tienen de extraordinario, respirando el álcali que emana de estos urinarios que en cualquier parte, habrían sido demolidos, por ser un gesto contra la estética y la higiene de la urbe...

Humanizando las cosas, creímos recorrer avenidas regias, de donosura superior a la de todas las avenidas de las otras ciudades del mundo, y trotamos por éstas, de barro fino, gredoso y rojizo que maldita la gracia que nos prodigan y, sin pensar, en cosas de ensueño, creímos ambular por calles superiores en limpieza, a las calles de Berlín, y nos fatigamos en estas calles y callejones de aspecto sombrío y tortuoso, llenos de vueltas miedosas y recodos lúgubres, con caracteres de encrucijada...

¿Esto es París?

Esto es París, tras la lente del desengaño, pero lo veremos ya, en la plenitud de su grandeza, cuando lo contemplemos, en el apogeo de la brillantez de sus donaires...

Dejemos de soñar en un París de casas y palacios de pórfidos, de casas y palacios de mármoles policromos, de casas y palacios de jaspes luminosos, de casas y palacios de cuarzos relucientes, con guirnaldas de luces y pedrerías, a las veras de calles de porcelana tenuemente rosada, de lapizlázuli azulino y dorado; de avenidas de pizarras de espejos, de bulevares de cristal de roca, armoniosos y brillantes como un verso de Darío...

Veamos las cosas como son: con sus colores, con su arte, con su eurytmia y sus matices y sin esperar el encuentro de maravillas de encantamiento, saciemos la sed de bellezas de nuestra alma, en esta ciudad en que están refundidos muchos caseños y muchas poblaciones, en esta ciudad, para cuya grandeza y poderío, ha contribuido y contribuye el mundo todo, con los más codiciados tesoros de arte, con caudales de oro y gemas, con los caprichos más fúlgidos y las excentricidades más inimaginables, con hombres poderosos y hasta con muertos de valía.

¿Qué poderoso imán tiene en sí, la ciudad-luz, para atraer, de los rincones más oscuros y lejanos del planeta, razas, familias e individuos que esperan vida mejor; caravanas famélicas que salen resueltas a la conquista del mendrugo, por todos los medios, falanges armoniosas de videntes, que anhelan cosechar laureles inmarcesibles, ríos desbordados de humanidad, que vienen, con torrentes de oro, en busca de diversiones y devaneos de los que París guarda en su seno y de los que sólo París suele ofrecer?

¿Quién sabrá dar la respuesta codiciada?

Muy raros deben de ser los que estén iniciados en los misterios de la gran ciudad, para darnos el porqué de semejantes atracciones...

Recorramos París, a la ligera, para comenzar a darnos cuenta de su organización material, que después lo visitaremos detenidamente, y pintaremos sus monumentos gloriosos, sus paseos opulentos, sus bulevares rumbosos y sonoros, sus jardines, sus museos, sus palacios de placeres frívolos, sus estatuas, sus iglesias majestuosas, su vida, en fin, según el iris de nuestra paleta, nos dé luz y colorido...

Pero para que París, no nos haga juguete de sus caprichos y no nos tenga dando vueltas y revueltas, en el dédalo de sus caminos, como no ha mucho nos ha sucedido, hay primero que orientarse un poco, desde esa torre de Eiffel que nos invita a ver, desde su cima, la brumosa e inmensa ciudad...

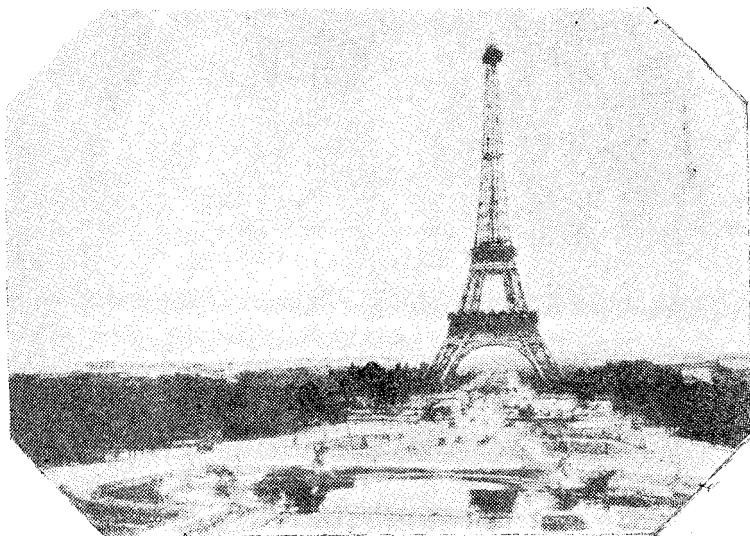
Chauffeur, a la torre de Eiffel...

Arranca el auto, por entre este Amazonas de ciudadanos de todo el mundo: carne de miseria, únos; flores de prostitución dorada, ótras; esperanzados de impresiones halagüeñas, todos...

Hacemos cola en esta esquina, mientras se descongestiona la agrupación torrentosa de máquinas que tenemos delante, aullando...

¡Ya!...

Estamos en el Campo de Marte o Campo de Maniobras; trepamos a lo más encumbrado de esta torre de trescientos metros de alto y desde esta prominencia, contemplamos lo más saliente de París, después de haber contemplado el enorme salón para ochocientas o novecientas personas...



Torre Eiffel

Vemos aquí, muy aquí, palacios, monumentos, iglesias, plazas, árboles, columnas, puentes y toda clase de edificios, con todos sus detalles; allá, avenidas, plazas, casas, torres, calles, con líneas borrosas y confundidas; más lejos, manchas borrosas, informes, sin una línea que diga lo que son... brumas...

Desde lo alto de esta torre, vemos, con la asombrada imaginación, al través de la sombra de más de un siglo, una multitud de cincuenta mil personas, junto al *Altar de la Patria*, en el centro del Campo de Marte, en la Plaza de la Federación, vemos también diez mil hombres del Cuerpo Municipal, a las órdenes de Bailly y de Lafayette, alzando la bandera encarnada...oímos, con la imaginación ensordecida, cincuenta mil gritos sumados en un solo, formidable grito de terror que dice: ¡abajo la bandera encarnada!, ¡¡muera Lafayette!!, ¡¡¡oprobio eterno a Bailly!!... oyen nuestros oídos, el sordo redoblar de cuatrocientos tambores y el ruido informe, trágico de los cañones arrastrados, en las piedras del camino; oyen nuestros oídos, los brutales aullidos de

los cincuenta mil sediciosos y las mortíferas descargas, sobre éstos y vemos ensombrecidos por la angustia, el Campo sembrado de cadáveres... ¡diez mil!, según los soliviantadores de las cóleras del populacho...

Desde esta prominencia vemos, al través de un siglo, llegar al sabio Bailly, en una carreta, al Campo de Marte, en medio de las blasfemias iracundas, proferidas contra él, por los mismos, de quienes fué ídolo, en otra hora; vemos el largo suplicio del filósofo conducido por los facciosos que se burlan del mártir de la libertad, azotándole con la bandera encarnada envuelta en inmundicias, casi desnudo, azotado, al mismo tiempo, por la lluvia de nieve que le hace irritar de frío; lo vemos dando la vuelta el Campo de Marte, en medio de una salvaje procesión de asesinos que le obligan a lamer la tierra, de trecho en trecho, dizque para limpiarla de la sangre de los diez mil; lo vemos cargando, a duras penas la desarmada guillotina, del Campo de Marte a un muladar, en donde se la arma, en presencia del patriota que sufre el prolongado martirio que sólo da fin, con la cuchilla del verdugo...

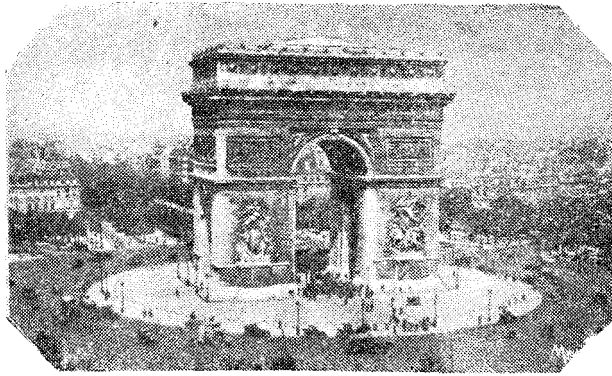
Apartamos nuestros ojos, de estos cuadros de horror, y los fijamos en esa cinta sonriente, comenzada por María de Médicis, de ancho de tres a cuatrocientos metros, llena de árboles y de caídas de agua, de kioskos y encañadas, de canastillos y palacios y teatros, a lo largo de setecientos metros, que arranca de la Plaza de la Concordia, del otro lado del Sena, con el nombre de Los Campos Elíseos, de renombre universal.

Ese enorme bosque singular al E. de esta torre, es el Bosque de Bolonia, pulmón sin segundo de París...

En las cercanías de ese bosque, cruzado de caminos curvos, de carreteras apizarradas y avenidas opulentas, con lagos y cascadas primorosas, deja ver su magnificencia, el Arco de Triunfo, en la Plaza de la Estrella, desde donde, en recta desesperante de 1.300 metros va la Avenida de Los Campos Elíseos a Maillot, por el N. O. y a Los Campos Elíseos por el S. E...

Allá está el Jardín de las Tullerías, junto a la Plaza de la Concordia.

Aquel es el Palacio de Louvre, hoy de los Museos, antes de los reyes de Francia, en la Plaza del Carrousel.



Arco de Triunfo

Por allá se destacan el Palacio Real, La Bolsa, Los Inválidos, donde duerme Napoleón, el Trocadero, La Opera, el Palacio del Elíseo, el Gran Palacio, el Pequeño Palacio, el Palacio de Bellas Artes, el Palacio de Luxemburgo...

Esa prominencia que se ve, como en sombra, es la de *Montmartre*, de ciento veintiocho metros de alto, en cuya cima se yergue la Basílica del Sagrado Corazón...

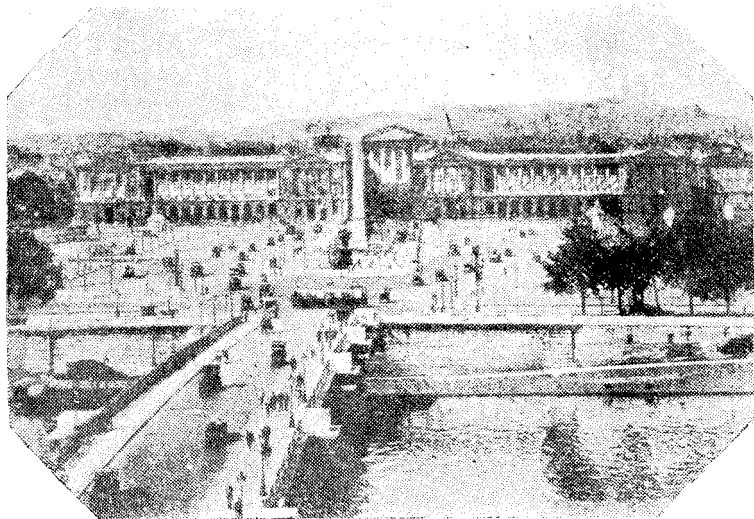
Esta es la isla de San Luis, esa la *Cité*, formadas por esa faja negruzca que con el nombre de Sena, atraviesa París de S. E. a N. O. Esta *Cité* es la vieja Lutecia, semilla fecunda de esta metrópoli de proporciones gigantescas de hoy. En ella están la Catedral Gótica cuyo nombre *Notre Dame*, suena a plegaria mística, y la Santa Capilla, de lo más elegante y artístico de París.

Allá está el Eliseo, residencia del Presidente de Francia.

Fijamos bien, en nuestra mente, la situación de estos monumentos y lugares entre sí, como también respecto de esta torre y bajamos con la cabeza llena de borrones de fortalezas, de borrones de barrios brumosos y lejanos, dispuestos a visitar con devoción y minuciosamente, cuanto de curioso tiene París...

Rueda roncando el auto, con dirección a nuestro hotel... Entramos en la Plaza de la Revolución, hoy de la Concordia,

enorme cuadrilátero, en que se levanta el Obelisco de Lucksor, pieza de granito rosado, repleto de geroglíficos e inscripciones, de más de veinte y dos metros de largo, construído, por orden de Ramsés II, para conmemorar, en Tebas, sus victorias...



Plaza de la Concordia

Corre chauffeur que esta Plaza de la Concordia, en vez de encantarnos, con sus magníficas estatuas, con sus fontanas incomparables, de surtidores llenos de rumores cristalinos y de arabescos de agua límpida y musical, nos horripila, con el recuerdo de la figura torva y brutal de la guillotina y del carnicero de reses humanas, hartando a la naciente libertad, de la sangre de Luis XVI, María Antonieta y de Isabel; de la sangre de Madama Roland, Dantón y Carlota Gorday; de la sangre de Hebert, Robespierre y Saint-Just; de la sangre de Andrés Chenier, de la sangre de muchos miles...

Chauffeur, no avances, no...

Asoma, en esta plaza, una multitud inmensa y agitada por un viento de locura, y en medio de ella, conducidos en carretas, veintidós hombres luminosos, de cabezas rapadas, atadas las manos a la espalda, menos las de uno de cara lívida, de ojos vídriosos, que llega tumbado en una banqueta, ostentando la rigidez y las palideces de la muerte...

Como salieron de la Conserjería, llegan a esta plaza, cantando el himno de la libertad: la marsellesa.

Veintiún jóvenes la cantan, en el momento de su agonía y su martirio, entre los aplausos del ángel de la gloria y los aullidos del populacho.

Y aunque están moribundos, cantan con voces robustas:

*¡Contre nous de la tyranie
L' étendard sanglant est levé!!!...*

¡La tiranía fiera
Ya alzó contra nosotros,
La sangrienta bandera!!!...

Vemos que Sillery sube, primero, a la plataforma del cadalso y que, mientras canta con los veinte compañeros de martirio, da vueltas en ella saludando al populacho ebrio de sangre, y entrega la cabeza a la guillotina, sin dejar de cantar

¡Contre nous de la tyranie!!!...

Apagada una voz, por la mano del verdugo, cantan veinte voces convertidas en una sola y arrogante voz... cantan quince... cantan diez... cinco... tres... dos y por fin canta una sola voz, la elocuente de Vergniaud, cuya cabeza rueda, como las de los veinte girondinos, al tajo siniestro de la guillotina, cuya cabeza rueda, como rueda la del cadáver de Valazé, en quien hace la fiera humana, la espeluznante decapitación de un muerto... ¡brutal torpeza del encono de partido!...

Lleno el corazón de angustias dolorosas, por el suplicio de los apóstoles de la libertad, por el martirio de los fundadores de la república; nos alejamos de este sitio, en busca de un paraíso ameno, para disipar la impresión horripilante y acerba...

LII

PARIS

El montículo de Montmartre.—Origen de este nombre.—Le Sacre-Coeur.—Panorama de París.—El bulevar y el templo de la Magdalena.—El puente de Alejandro III.—Los Inválidos y el sarcófago de Napoleón.—La Santa Capilla.—Misericordias y contrastes.

Abandonamos este rumboso Café de la *Paix*, abandonamos esta mesita cuca, en torno de la que parlotamos con este grupo de amigos, abandonamos este hervor de damas nobles y elegantes, de caballeros pulcros y brillantes pecadoras, inmenso hervor del que apenas somos una burbuja imperceptible, y nos dirigimos a *Montmartre*, porción en que, más que en ninguna ótra, se pone de relieve, por las noches, el París frívolo, el París galante, el París de los placeres exóticos, el París de las liviandades excéntricas, el París risueño y desbordado...

Muchas veces nos hemos encontrado en esta porción norteña de París; pero no durante el día, como queremos encontrarnos ahora, para ver la iglesia del Sagrado Corazón...

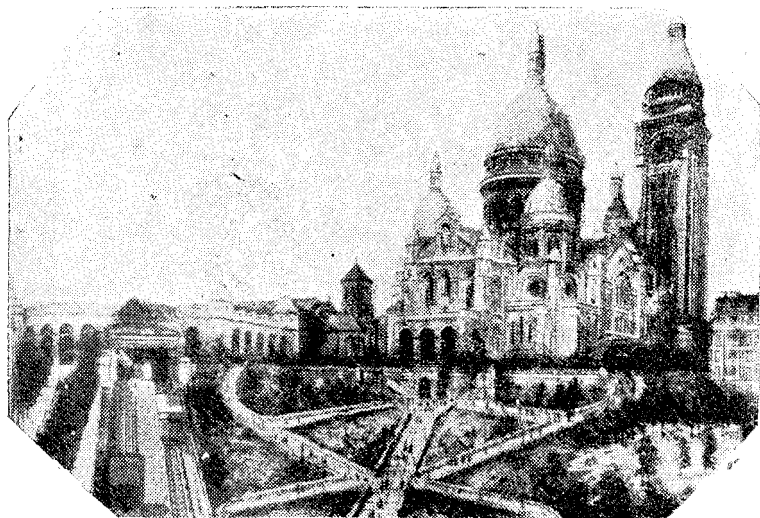
Estamos ya en la cumbre de esta colina de ciento veintiocho metros de altura, cumbre en la que *Le Sacre-Coeur*, ostenta su prestancia de reina de basílicas católicas...

Se dice que en este montículo, se erigió, un templo a Marte, y se dice también, que fué el sitio elegido para martirios, contando las crónicas, que San Denis, primer obispo de París, sufrió aquí, el martirio; por esto se llamó, en la antigüedad, *Mons Martyrum*, Monte de los Mártires, derivándose de este nombre, el francés actual: *Montmartre*...

Historias y crónicas, a un lado, que este libro es de naderías; no de cosas graves...

Paseamos por las calles de este parque, en cuyos jardines sonrían los arbustos, como orgullosos de estar a las plantas de esta casa de Dios...

Damos vueltas y revueltas en estas callejas perfumadas, que se tornan distintas figuras de geometría, admirando, al mismo tiempo, la ornamentación de esta iglesia de estilo romano-bisantino, cuajada de cúpulas, cuyos remates como que se remontan al infinito azul...



Basílica del Sagrado Corazón

Hay curiosos de todas partes y de toda clase de creencias, congregados aquí, no sólo para gozar de los encantos de tan pomposo edificio sino para espaciar la mirada, por la inmensa ciudad de París, desde esta cima de Montmartre, dominadora de la capital del mundo...

Mientras unos rezan devotamente, en esta morada de Dios, que dicen los católicos, otros compran fotografías de colores, de este palacio religioso, y otros, entre los que estamos nosotros, contemplan el panorama semiborroso de París, desde esta altura...

¡Qué inmenso es París!... Avanza la mirada en busca de los confines de esta ciudad, y no da con ellos... La bruma, aun-

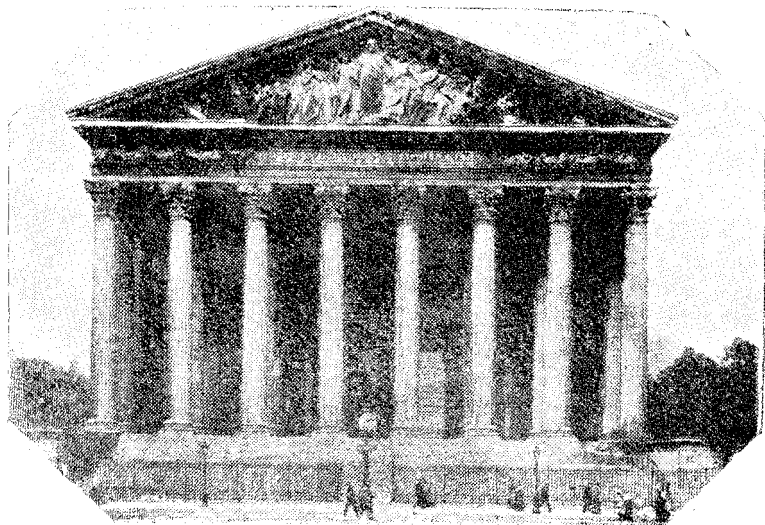
que leve, aunque transparente, traga los linderos de París, imposibilitando al observador, mirar el horizonte confundido con las remotas lejanías del término de urbe tan extensa...

Miramos, en el recuesto de este montículo, las casas distintas, las calles claras, úno que otro transeunte, cruzando los barrios, en todas direcciones; notamos que más lejos, pierden los edificios, su personalidad, esfumando sus contornos; que las calles toman formas de encrucijada; que la gente parece borrosidades pigmeas y movibles y las crestas de templos, palacios, torres, teatros y casas, puntos erizados desigualmente, en una extensa pampa... Allá está el París de la abundancia, de las riquezas, de los hartos de regocijos; de este lado opuesto, se halla el París de los tugurios helados, de los tugurios húmedos, de los tugurios tenebrosos; el París de los hambriados, de los desnudos, de los tristes, de los olvidados del bienestar y la alegría... en París como en Berlín, como en casi todas las metrópolis populosas, al Oeste se acumulan el poderío, la nobleza y las riquezas, y al Este, los proletarios, la miseria y el dolor, ¿qué misterio es éste?...

Descendemos de esta colina, lleno el corazón de pinceladas de arte, y nos encaminamos, por rumbos nuevos, al centro del vértigo de la frivolidad de los placeres de esta festiva, de esta riente ciudad de pasiones exóticas y exaltadas, que emergen de las ánforas pulidas del amor sin freno...

Otra vez, en el tumulto informe, en el río odorante y desbordado de los bulevares, arrastrados, de grado o por fuerza, por veredas y caminos atestados de transeuntes que ruedan al azar, arrollados por el torbellino...

De repente somos viandantes de este Bulevar de la Magdalena, de doscientos veinte metros de largo, por treinta de ancho... En este comienzo del bulevar, se yergue la iglesia de la Magdalena, destinada, por Napoleón, a templo de la gloria. Luis XVIII pretendió, según se dice, convertirlo, en iglesia expiatoria, con monumentos a Luis XVI y María Antonieta, reyes infortunados que perdieron la cabeza, en la tajante guillotina.



La Magdalena

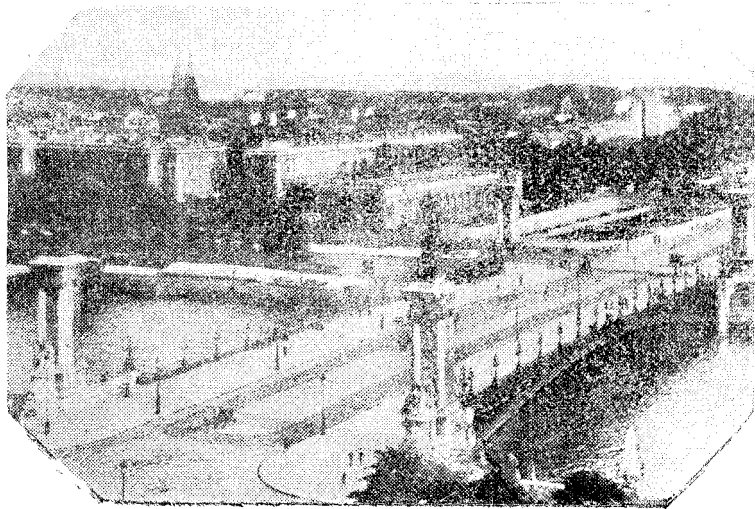
Contemplamos absortos, esta iglesia católica, de renombre, entre otras cosas, por la música que da timbre y realce, a las fiestas religiosas... Nos seduce la ornamentación exterior, de este palacio de la religión católica, que tiene, en torno, columnas de orden corintio y que, en vez de ventanas, ostenta treinticuatro hornacinas ocupadas con santos; contemplamos, en el frontón triangular de la fachada, el espeluznante cuadro del juicio final, y nos retiramos, pensando si será verdad tanta belleza...

Este Bulevar de la Magdalena, temido por nosotros, en las noches, andado muchas veces, por nosotros, este bulevar en el que muchas Magdalenas, se están horas y horas, en pesca de rendidores de miserias, para, en su amorosa compañía, rendir parias al demonio; no cautiva por su elegancia...

Cualquier calle de Guayaquil, puede titularse bulevar, ora por la rectitud y largura de la vía, ora por tener treintiún metros de ancho, contando con los tres metros de portal, de cada lado... pero este es el Bulevar de la Magdalena, de París, lleno de Evas, sin Adanes y basta...

Ponemos proa a Los Inválidos y al seguir el viaje, nos encontramos en esta Taberna Napolitana, en la que, alguna vez, nos hemos tropezado con Gómez Carrillo. Entramos, en torno de una mesita están dos cumbres: Enrique Gómez Carrillo y Ernesto La Jeunesse; nos ven el *croniquer* y el poeta y se ponen de pies y nos saludan, con una grave inclinación de cabeza: dos gigantes de la literatura, inclinándose ante un pigmeo, nos decimos y les contestamos con dignidad, y, yéndonos para ellos, tomamos asiento... Nada diremos de nuestra plática, ni de las poetisas, pintoras, escritoras, artistas en fin, que beben ajenjo, y éter en esta Taberna, punto de reunión de literatos, escultores, cronistas, intelectuales de la ciudad-luz...

Reanudamos el viaje interrumpido; nos hallamos, en estos Campos Eliseos, gloria de París; tomamos la avenida Alejandro III, llamada también *Paseo Triunfal*; vemos que este Paseo divide Los Campos Eliseos, desde la Avenida del mismo nombre, hasta la ribera del Sena; y mientras la recorremos, vemos que de lado y lado de éste, se alzan orgullosos, el Gran Palacio y el Pequeño Palacio.



Puente Alejandro III

Llegamos al comienzo de este puente, llamado Alejandro III, el más bello de los puentes de París. Nos detenemos para admirarlo y lo pasamos y repasamos y volvemos a pasar, admirándolo. Volvemos la imaginación al año 1896 y vemos al Tzar de Rusia, Nicolás II, en medio del pueblo parisiense, colocando la primera piedra de este puente, embellecido por estos gigantes pegados que piafan, sobre estas columnas, extendidas las alas, en actitud de volar; embellecido por estas figuras que personifican la Francia, en sus diferentes edades. El agua de este río turbio, como que se hermosea, al pasar por debajo del arco de este puente, gorgoriteando con dulcedumbre, mientras un bote de vela surca las rizadas ondas, al amor de un vientecillo que casi es brisa lisonjera.

Detenidos unos instantes por la curiosidad, en este puente, seguimos la ruta... Llegamos a la amplia Esplanada de los Inválidos, Esplanada que forma un conjunto encantador, con los Campos Elíseos. Este puente Alejandro III, joya rutilante del París esplendoroso, los une...

Este girón de París, no sólo es pintoresco, sino bellísimo, cual ninguno: A la ribera derecha de este Sena, Los Campos Elíseos, gloria de París; a la izquierda, la Esplanada de los Inválidos, orgullo de París, y entre los dos pulmones de esta ciudad incomparable, el puente Alejandro III, joya excelsa de esta urbe sin rival... Soñamos en la euritmia de los jardines del paraíso, ornamentados por la mano del artista divino, experta en plasmar, en las cosas, el supremo primor de la belleza...

Caminamos por las avenidas de esta Esplanada, por entre filas de olmos, gozando de los encantos de la alegría de vivir... cruzamos por muchos senderos que le invitan pasar sobre ellos, al transeunte, halagándole, cual si fueran una sonrisa de este parque de cerca de quinientos metros de largo, por doscientos cincuenta de ancho.

Perfumado el corazón, en las donosuras de estos jardines, avanzamos al final de la jornada; es decir: al Palacio de los Inválidos, cuya cúpula rutilante nos atrae y nos subyuga... ya estamos cerca, llegamos ya, nos detenemos delante de la verja que separa el imponente palacio, de la Esplanada. Recorremos con la vista atenta, el gallardo frontis y nos maravillamos de



La cúpula de los Inválidos

obra tan pulida y elegante... Nos encontramos dentro de este viejo palacio, destinado a alojar a los militares ancianos e imposibilitados para el trabajo, después de ver el bajorrelieve de Luis décimo cuarto, a caballo, rodeado de la Justicia y de la Prudencia, después de mirar los bronce de Marte y Minerva. Allí está la Batería Triunfal, compuesta por los cañones de los Inválidos; allí piezas de artillería montadas y por montar; allí cañones alegóricos llenos de inscripciones árabes; allí cañones austriacos, prusianos, berlineses, etcétera, etcétera, etcétera. Nos ale-

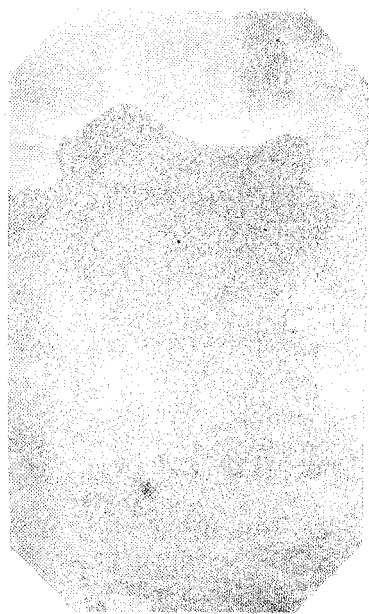
jamos de estos instrumentos de destrucción y de exterminio, porque nos recuerdan ciudades demolidas, sangre vertida a torrentes, brutalidades de la guerra... Vemos en el Patio de Honor, pinturas de Francia, durante las épocas de Carlomagno, San Luis, Luis XIV y Napoleón el grande...

Nos dedicamos a contemplar esta elegante cúpula, cuyos donaires seducen de contado, por la ornamentación con bajosrelieves en los que se han estampado las victorias militares más ruidosas...

Ardeamos en ansias de tener en nuestra presencia, las cenizas de Napoleón, el padre divino de la guerra... está al centro de esta cúpula, una cripta circular de seis metros de profundidad, cripta en que se encuentra el sarcófago del astro eclipsado en Waterloo, del prisionero de Santa Elena, muerto en la isla de este nombre, en 1821.

Un cofre de una sola pieza de pórfiro de Siberia, de cuatro metros de largo, dos metros de ancho y cuatro y medio metros de alto, guarda, en este sitio, los despojos mortales del semidiós de la guerra, desde 1840.

Nuestro espíritu se agiganta, en este momento, en presencia del coloso abatido por la muerte; acuden a nuestra memoria, las acciones de armas en Rivoli, Marengo, Wagram, Austerlitz, Moscou; oímos la arenga inmortal delante de las pirámides de Egipto: "soldados, desde lo alto de estas pirámides, cuarenta siglos os contemplan..." oímos enternecidos, este su testamento, dejando sus cenizas a París: "Anhele que reposen mis ceni-



**Cofre que guarda
las cenizas de Napoleón**

zas, a las orillas del Sena, en medio de ese pueblo francés que tanto amé...”

Abandonamos este paraje y mientras nos alejamos de él, filosofamos, en la grandeza de los hombres, convertida en un puñado de polvo, en los dominios de la muerte y exclamamos con Salomón: *vánitas, vanitátum et omnia vánitas...*

¿A dónde dirigirnos?

La tarde está gris, el horizonte oscuro, pero allá se ve, como un pincelazo de alegría, un retacito de cielo semiazul, sonriendo a la ciudad...

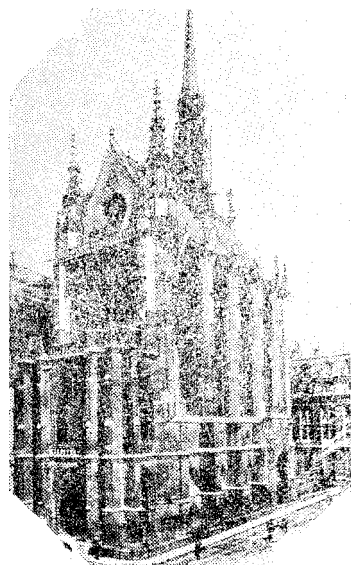
¿A dónde dirigirnos?

Caminamos hacia el Este, como atraídos por un misterioso imán... otra vez, en la Plaza Parvis, otra vez, en presencia de la catedral católica, en esta *Cité*, origen de este gigantesco París...

¿Qué no hemos visitado en esta isla?

Muchas curiosidades; más, antes de visitar cosa alguna, encaminémonos al Palacio de Justicia, para engolfarnos de belleza, mirando una verdadera joya de arte gótico: la Santa Capilla... estamos ya en el Bulevar del Palacio... estamos ya en el patio de la Santa Capilla, contemplando la donosura arquitectónica de este alcázar de la religión católica.

¡Poder de los signos sensibles!... al admirar esta maravilla de arte, nos vienen a la memoria, las cruzadas de San Luis, santo rey de Francia, que trajo de la tierra santa, según se asegura, la corona de espinas que pusieron a Jesucristo, en la crucifixión, los deicidas, y trozos de madera de la cruz, en que el Justo pereció, por amor de los hombres, en el Calvario.



La Santa Capilla